

cia exclusiva, consiguió Beust, á fines de mil ochocientos sesenta y ocho, unir á las tres cortes de Viena, Londres y París para consolidar, á ser posible, el imperio otomano, poniendo fin á la insurrección de Creta. Este objeto se logró. Los gobiernos de Berlin, Viena, Londres, Florencia, la misma Puerta y hasta el gabinete de San Petersburgo, se adhirieron á la proposición que el gobierno francés les dirigió, de abrir en París una conferencia que regulase las diferencias austro-helénicas. Ya sabemos cómo falló este tribunal arbitral, reunido el nueve de Enero de mil ochocientos sesenta y nueve: intimó á Grecia que «se abstuviese en adelante de favorecer ó tolerar la formación en su territorio de partidas y el equipo en sus puertos de barcos armados, destinados á secundar cualquier tentativa de insurrección en las posesiones de S. M. el Sultán».

Agradecida Austria por el concurso que Francia le prestara en este asunto, manifestó excelente deseo de complacerla en lo de la alianza que solicitaba de ella, y al efecto, emprendió la tarea de aproximar entre sí los dos gabinetes de París y de Florencia. Sola con Francia, la corte de Viena temía, y con razón, entrar en campaña contra Prusia, ante el peligro de ser cogida de flanco por Italia, que desde mil ochocientos sesenta y seis había expuesto la pretensión de arrebatarse Trentino, Trieste é Istria, y que invocando, con razón ó sin ella, el principio de las nacionalidades, estaba pronta á reivindicar como suyas todas aquellas posesiones. Por lo contrario, si conseguía conciliar á Víctor Manuel con Napoleón III, formando Francia é Italia con ella triple alianza, no corría peligro alguno en provocar á Alemania del Norte, segura de contener, ya que no de arrastrar, á Alemania del Sur. En este caso, la victoria sería segura. Mas para obtener el concurso de Italia, era condición esencial dejarle apoderarse de Roma. Enhorabuena por parte de Beust, que no tenía por qué guardar miramientos á la Santa Sede, la cual, no contenta con haber condenado públicamente las leyes confesionales, empujaba á la rebelión á ciertos obispados austro-húngaros. Mas no podía decir lo mismo Napoleón III, comprometido, á consecuencia de aquellos imprudentes *jamases* que su ministro Rouher, excitado por Thiers, lanzara en el Cuerpo legislativo, á mantener á todo trance el poder temporal del Papa. Roma: he aquí el escollo en que iba á estrellarse el Emperador de los franceses, según veremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO DÉCIMO-TERCERO

Revolución española.—Concilio del Vaticano.—Ruptura entre Francia y Prusia.

SPaña no acababa de entrar en el régimen constitucional. Arriba, el absolutismo tradicional del poder se comunicaba á cuantos llegaban á ocuparlo, los cuales se creían dispensados de cumplir las leyes por el hecho de ser los encargados de hacerlas; abajo, un exagerado individualismo, una indisciplina como innata, mantenía un estado de constante protesta contra la autoridad y la ley. El partido carlista seguía siempre dispuesto á lanzarse al campo; los moderados se confundían, por su intransigencia religiosa, con los ultramontanos, y por sus procedimientos políticos, con los absolutistas; los progresistas, otorgando libertades superiores al grado de cultura del pueblo, no acertaban á mantener la tranquilidad y el orden. Entre los moderados y los progresistas, había espacio para un tercer partido, el cual empezó á formarse por un movimiento natural de la opinión, en la que se produjo una doble corriente, afluyendo hacia un punto medio, de un lado, los progresistas que pedían orden, estabilidad y fuerza á los gobiernos, sin prescindir de sus más importantes principios liberales; de otro, los conservadores que no querían abjurar de sus antiguas creencias en el parlamentarismo y en la revolución llevada hasta cierto punto. Compuesta de desengañados de los demás partidos, *resellados*, la Unión liberal, nombre con que se bautizó el nuevo, fué de carácter ecléctico. Gozó el flamante partido del raro privilegio de nacer en el poder, al ser llamado á formar ministerio el general O'Donnell, el treinta de Junio de mil ochocientos cincuenta y nueve. Su jefe fué siempre O'Donnell; su gran pon-

CAPITULO ALTOONSTAVIA

tífico, Posada Herrera. Mal juzgada por los que todavía mantienen el absolutismo de los principios en el accidentado movimiento de la política, fuerza es reconocer que la Unión liberal se inspiró en un sentido de la realidad de que carecieron las demás parcialidades, mediante el que logró dar á España cinco años de paz, de bienestar y de relativa gloria. Expresión de este sentido de la realidad fué aquella frase de Posada Herrera, tan ridiculizada por ciertos santones políticos: «¿qué pedazo de pan dais á los pobres cuando les concedéis un derecho?», basada en el aforismo científico de que la condición jurídica no es nada sin la condición económica.

El primero de Diciembre se abrió el Congreso, de gran respetabilidad y energía, por componerse de las personas más notables de todas las oposiciones. No era ciertamente aquella Asamblea libérrimo producto de la voluntad de los electores; pero no exagera el señor Navarro Rodrigo al decir, en su libro sobre O'Donnell, «que era y fué genuina representación nacional.» No importaba que las falanges de la oposición fuesen poco numerosas, porque al número suplía la calidad. Aparisi Guijarro representaba el partido absolutista; González Bravo acaudillaba la hueste conservadora, que contaba treinta diputados, y al frente de los progresistas, que sumaban unos veinte, estaba don Salustiano Olózaga. Proveniente de campos tan distintos y aun opuestos, la mayoría tenía mucho de heterogéneo y disparatado. Para darle fuerza y unidad, fueron menester el alto crédito y autoridad de que gozaba O'Donnell, y la habilidosa táctica y severa disciplina prescrita por Posada Herrera. Abiertas las Cortes, la oposición, tanto en el Senado como en el Congreso, arreció de firme. Moderados y progresistas tildaban al gobierno y al nuevo partido por su carencia de fe y de doctrina. «La Unión liberal no tiene otra misión que la de destruir, decía Calvo Asensio; nada ha creado; nada puede crear; no sirve sino para alimentar las esperanzas de los cándidos, y para ofrecer refugio á los fatigados y dar pasto á los ávidos. La Unión liberal no tiene tradiciones, ni historia, ni principios y no puede tener porvenir.» Pero de todas estas acusaciones O'Donnell salía casi siempre airoso, acusando á los otros partidos de más descreídos y más incoherentes. «Estos debates, decía, ponen en claro el fraccionamiento de los partidos. Por estos debates se viene á colegir la verdad de que ninguno de los dos tiene por sí solo las condiciones necesarias para mantener el orden, el régimen constitucional, la legalidad y el trono de la reina.» Y tenía razón que le sobraba. Los partidos moderado y progresista, ya en la prensa, ya por medio de sus representantes en los Cuerpos colegisladores, se empeñaban á veces en furiosa lucha el uno contra el otro, haciendo á O'Donnell juez del campo y dándole sobrado motivo para que los amonestase á que fueran más juiciosos, por honra al menos y por decoro del gobierno representativo. «Orden, señores diputados, exclamaba, no desacreditéis el parlamento. Estas escenas tumultuosas son un triunfo para los enemigos del régimen constitucional. Suplico al presidente y al Congreso que pongan término á esta con-

tienda, á fin de que no demos á los adversarios el derecho de decir que el régimen representativo es imposible en España.»

En el verano de mil ochocientos cincuenta y nueve, durante las vacaciones parlamentarias, hubo un pequeño movimiento republicano, que fué sofocado al punto. Don Sixto Cámara trató de seducir á la guarnición de Olivenza para que proclamase la república; pero enteradas de sus trabajos las autoridades, Cámara tuvo que huir, pereciendo en aquellos campos sin árboles y sin sombra, de sed, de cansancio y de calor. También durante el verano negoció el gabinete O'Donnell con la corte pontificia la desamortización, mediante uno de los hombres de más autoridad, respeto y valer de cuantos durante muchos años han intervenido en la política española, Don Antonio de los Ríos y Rosas, consiguiendo que el veinticinco de Agosto de mil ochocientos cincuenta y nueve se firmase un convenio, como adicional al Concordato, por el que todos los bienes eclesiásticos, así los procedentes del clero secular como los del regular, deberían venderse, dándose en cambio á los interesados inscripciones de la deuda consolidada.

El primero de Octubre reanudaron sus sesiones las Cortes, y el veintidós, O'Donnell les anunció que la guerra contra Marruecos era inevitable. Con universales vítores y parabienes fué acogida la noticia, sin que un solo representante se detuviese á reflexionar sobre si tan grave determinación estaba justificada. Y sin embargo, pocas veces se habrá emprendido una guerra con menos motivo. El que las salvajes kabilas de Anghera, confinantes con Ceuta, derribasen una piedra y aun destruyesen unos garitones construídos en el campo neutral, no era, en verdad, causa bastante para declarar la guerra, que tuvo por objeto no vindicar el honor nacional, que realmente no había sido ultrajado, sino distraer á los partidos políticos de las cuestiones que los destrozaban y al país, reuniendo su pensamiento y su acción en un asunto nacional y popular. Los dos puntos vulnerables de Marruecos son Tánger y Tetuán. Cerca de Tánger está la bahía de Malabatah, á propósito para un desembarco; mas como la marina manifestara ser imposible efectuarlo con los medios de que disponía, se eligió á Ceuta, adonde fueron transportados en sucesivas expediciones los cuarenta y cuatro mil infantes y tres mil caballos que se habían reunido en el campo de San Roque. Guiaba el ejército español el general O'Donnell, y cada uno de los tres cuerpos de que se componía, los generales Echagüe, Zavala y Ros de Olano, mandando Prim la reserva y Alcalá Galiano la división de caballería. La escuadra compuesta de catorce buques, montando doscientos veinticinco cañones, estaba á las órdenes de Díaz de Herrera. El Sultán de Marruecos, Sidi-Mohamed, confió el mando de sus tropas á su hermano Muley-el-Abbas, ilustrado, valiente y bueno, y en quien tenía completa confianza. La campaña se abrió el diez y nueve de Noviembre, ocupando la división Echagüe el antiguo palacio morisco llamado Serrallo, residencia ordinaria del Alcalde y fuerza de Moros de Rey que existía enfrente de Ceuta, para obli-

gar á las kabilas á respetar el campo neutral. Los españoles se pusieron á construir más allá del Serrallo dos fuertes, «Isabel II y Príncipe Alfonso», y los moros tomaron á empeño hacerles parar las obras. Rechazados los días veintitrés y veinticuatro de Noviembre, el veinticinco lograron hacer retroceder á los españoles hasta el Serrallo. Al día siguiente, habiendo llegado O'Donnell, con Prim y Zavala, los fuertes fueron reconquistados y se empezó á construir un tercero, llamado «Rey Francisco». El nueve de Diciembre, fué rechazado un ataque general, en que por primera vez se presentó Muley-el-Abbas, al frente de numeroso ejército de Moros de Rey y de todas las kabilas; el doce, desembarcó con el tercer cuerpo Ros de Olano, y desde este instante, todas las embestidas de los moros fueron á estrellarse contra las líneas españolas. El primero de Enero de mil ochocientos sesenta, el ejército español tomó la ofensiva, apoderándose del valle de Castillejos, donde Prim, empujado por su fogoso valor, hubiese seguramente perecido á no haber acudido Zavala á tiempo de salvarle. Los españoles desfilaron, en marcha lenta y penosa, por el estrecho arenal que hay entre el mar y las lagunas por donde se pierde el río Manuel; combatieron en las estribaciones del monte Negrón; incomunicados con Ceuta y no pudiendo recibir víveres de la flota, á causa del estado de la mar, estuvieron cuatro días casi sin raciones; vencieron, al fin, los obstáculos que el paso del cabo Negrón, el río Asmir y los moros presentaban; dominaron las elevadas crestas de la cordillera desde la que se descubre todo el valle de Tetuán, al que empezaron á descender, no sin tener que rechazar á diario los ataques de los moros, y acamparon frente á la ciudad, orillas de Guad-el-Gelú. Rechazado el porfiado ataque que dió Muley-el-Abbas el treinta y uno de Enero, O'Donnell preparó para el cuatro de Febrero la batalla que había de hacerle dueño de Tetuán. Dada la orden de ataque, Prim, con los primeros batallones que le seguían y los voluntarios catalanes, se lanzó á la trinchera enemiga y atravesó bajo un mortífero fuego el pantano que servía de foso á los parapetos, siendo inútiles los heroicos esfuerzos que hicieron los marroquíes para disputar la victoria á los españoles, los cuales al día siguiente entraron sin resistencia en Tetuán, con gran regocijo de los soldados, que consideraban este paso como preludio de la paz. En efecto, para concluir, Muley-el-Abbas envió proposiciones el diez y siete de Febrero; pero O'Donnell pidió todo el territorio entre Ceuta y Tetuán y doscientos millones de reales. La guerra continuó, aunque por poco tiempo, hasta el veintitrés de Marzo, en que se libró el combate de Wad-Rás, el más rudo de toda la campaña y el más sangriento para los españoles. Unos y otros combatientes se mezclaban para luchar cuerpo á cuerpo, sin que los marroquíes cesasen, á pesar de haber entrado en fuego nuestras reservas y ser continuas las cargas á la bayoneta. Con grandes trabajos y vertiendo mucha sangre, logramos arrojar de los adueros á los marroquíes, que acabaron por huir á la desbandada, hacia el Fondack. Por fortuna, este combate fué el último. El veinticinco conferenciaron

Muley-el-Abbas y O'Donnell, ajustándose la paz mediante la indemnización de doscientos millones de reales, el establecimiento de pesquerías en la isla de Santa Cruz de Mar Pequeña, misiones en Fez, sostenimiento junto al Emperador de un encargado de negocios y conclusión de un tratado de comercio. Pero más que todo esto, valió la consideración moral que se ganó España en esta guerra. Toda Europa admiró el valor de nuestros soldados, y á no haber sido por la mala voluntad de Inglaterra, España habría ingresado en la categoría de las grandes potencias, conforme propuso Francia.

Mientras España tenía fija su atención en la empresa nacional de Marruecos, el pretendiente Don Carlos cedía á la criminal tentación de llevar á cabo una intentona para destronar á Isabel II. Acompañado de su hermano D. Fernando, salió de Marsella para el puerto de Palma, donde se le unió el general Ortega, con la pequeña escuadra que tenía reunida de cinco vapores y dos buques de guerra. Embarcadas las tropas en Mahón y Palma, la expedición hizo rumbo el primero de Abril para San Carlos de la Rápita. Hasta aquí, todo había marchado felizmente para los expedicionarios, que penetraron hasta Amposta; pero Ortega no había contado con la adhesión de las fuerzas que sacara de las Baleares, y que en la *Creu del Coll* se negaron á seguir adelante. El fracaso fué completo. Ortega fué fusilado en Tortosa. A los príncipes, presos en Uldecona por la guardia civil, se les dejó en libertad, mediante la renuncia de Don Carlos á los derechos que creía tener á la corona de España. A vista de esta renuncia, D. Juan, hermano segundo de Don Carlos, reclamó los derechos que suponía tener al trono, manifestándolo así á las Cortes, á las que no se dió lectura de este documento. Pocos días después, se retractó Montemolín. Pero el quince de Junio, los dos príncipes morían del tifus en Trieste, y á D. Juan le volvían la espalda los carlistas, que aclamaban á su hijo Don Carlos, adolescente de doce años. Durante algún tiempo, no será de temer el carlismo.

Los atropellos cometidos en Méjico con súbditos españoles sugirieron á O'Donnell la idea de enviar una expedición á aquella república, propósito que realizó en unión con Francia é Inglaterra, en los términos que expusimos en el capítulo anterior. Los actos de Prim, concluyendo el tratado de la Soledad y retirándose de la empresa, fueron censurados por la opinión pública, y O'Donnell, dejándose guiar por la corriente, llevó á S. M. el decreto desaprobando la conducta del conde de Reus. No queriéndose en Palacio poner al duque de Tetuán en el caso de dimitir si no se firmaba el decreto de que se sabía era portador, salió el Rey al encuentro del presidente del Consejo, y le dijo: «Bien venido seas. Suponemos que vendrás á felicitarnos por el gran acontecimiento de Méjico. Prim se ha portado como un hombre. Ven, ven; la Reina está loca de contento.» Y aquella señora, con su característica vivacidad, le dijo: «¿Has visto qué cosa tan buena ha hecho Prim?» Los mensajeros que éste envió la habían enterado de todo. Ocioso es